



f
fracasos

escolares

2 1
4
3 0
2 0
1 3



E

n primer lugar, debemos examinar la noción misma de "fracaso escolar". No es que intentemos establecer una definición; el término es suficiente para dar una idea aceptable. Pero es necesario también denunciar su relatividad. Hay fracasos escolares que no lo son más que en relación a un éxito ideal, soñado más que razonablemente previsto por los padres. Tales ilusiones son peligrosas y pueden, a su vez, determinar reales fracasos. Pero, en su esencia misma, así como en su tratamiento, atañen más bien al comportamiento y a la higiene mental de los padres del niño. Es decir, que, en muchos casos, el trabajo de los educadores y de los psicólogos consistirá, sobre todo, en traer de nuevo a la lucidez esta imaginación familiar "extraviada".

La lucha contra los fracasos escolares y el descubrimiento de los trastornos que los provocan no pueden referirse más que a unos fracasos reales, en relación a las posibilidades "reales" del individuo. Un niño no es un fracaso porque preveamos que no entrará en la Universidad, incluso si su abuelo, su padre y sus tres hermanos mayores han ingresado en ella; pero puede

llegar a serlo si nos obstinamos en hacerle proseguir unos estudios secundarios que no corresponden a su verdadero nivel intelectual.

Tendremos que volver a tratar de los errores de orientación. Pero, en primer lugar, convendría ponerse en guardia contra las aberraciones que provoca la excesiva ambición de los padres.

Para facilitar la exposición del tema, diremos que existen dos categorías de impedimentos, claramente diferenciados: unos que dependen de la persona y otros del ambiente. Es decir, que hablaremos de las causas psico-biológicas y después de las causas psico-sociales del fracaso escolar. Es evidente que ambas se relacionan de una manera muy sutil y que, por otra parte, un problema humano nunca podrá ser reducido a un simple esquema.

a

causas psico-biológicas

Las razones de orden psico-biológico de las dificultades escolares se definen, frecuentemente, en términos de insuficiencia, ya sea porque el sujeto se manifiesta incapaz de realizar las funciones mentales que exige tal o cual género de estudios, ya porque se vea privado de las funciones sensoriales, nerviosas o musculares que condicionan el ejercicio de las facultades intelectuales.

1 Dificultades intelectuales

La ineptitud intelectual es, evidentemente, el obstáculo más grave y el más insuperable para el éxito escolar. Está claro que es siempre relativa a las dificultades de los estudios; pero se manifiesta con bastante frecuencia, y es casi seguro descubrirla en aquellos casos en que se comprueba un fracaso profundo y permanente. Existen casos evidentes, pero el problema suele ser delicado.

Todo sería mucho más sencillo si se pu-

diesen establecer unas normas cuantitativas absolutas que permitiesen predecir el éxito o el fracaso de un individuo en tal o cual género de estudios; pero, desgraciadamente, el pronóstico es complicado. Por una parte, factores de posibilidad de trabajo, de apoyo exterior, intervienen para agravar o disminuir el "handicap". Por otro lado, los instrumentos de medida de que disponemos (tests llamados "de nivel") dan indicaciones más bien que informes absolutamente seguros; quizá porque la afectividad del sujeto es un factor importante, que juega tanto durante el momento de las pruebas como en el rendimiento habitual de trabajo.

Conviene, pues, ser prudente antes de emitir un juicio de ineptitud. Hay casos, sin embargo, en que unos resultados muy insuficientes de los "tests de nivel" y el carácter constante de las dificultades escolares permiten afirmar que un alumno no puede tener éxito en un determinado ciclo de estudios. Volvemos, pues, al problema de orientación y re-orientación que ya hemos citado.

Los educadores conocen muy bien el doloroso espectáculo de esos niños físicamente normales, que no presentan trastornos de

carácter ni sociales particulares y que, sin embargo, se sienten incapaces de hacer unos ejercicios que fácilmente supera la mayoría de sus condiscípulos. Tales impotencias envenenan la vida escolar y la vida familiar.

Por otra parte, no se trata siempre de una incapacidad definitiva. En ciertos casos, el problema debe ser considerado menos en términos de re-orientación que en términos de paciencia. A veces, las dificultades intelectuales del niño no son más que una falta de madurez. Todo sucede como si ciertos circuitos, ciertas funciones cerebrales no estuviesen todavía adquiridas; pero pueden ser aún posibles.

Es el caso frecuente de niños adelantados en sus estudios, que, bruscamente, en

mediante el ejercicio. Unas técnicas pedagógicas especiales facilitan ciertos aprendizajes, y el estudio y desarrollo de estas técnicas es una de las ramas importantes de la ortopedagogía.

2 Dificultades sensoriales

Todo conocimiento penetra en nosotros por las vías sensoriales. Las insuficiencias de desarrollo o de funcionamiento de los órganos de los sentidos ocasionan, por tanto, dificultades considerables. En este ca-



el momento en que se abordan partes del programa que exigen funciones de carácter nuevo y más abstracto tropiezan y "pierden pie". En la mayoría de los casos, una repetición de curso es suficiente para que "recuperen la marcha".

Del orden de estas dificultades intelectuales, pero menos graves, por ser menos globales, son las insuficiencias de esa facultad eminentemente escolar: la memoria. Pese a la tendencia de la pedagogía moderna, que consiste en hacer uso lo más a menudo posible del razonamiento, las "materias de memoria", como se dice, siguen siendo abundantes y es incontestable que, entre alumnos de igual inteligencia, los que tienen una buena memoria se sienten favorecidos, resultándoles mucho más fáciles casi todas las tareas escolares.

También en este dominio, es preciso saber esperar a que se produzcan maduraciones neuro-cerebrales. Por otra parte, es bien sabido que la memoria se desarrolla



so, los límites son demasiado evidentes para que sea necesario insistir. Nos referiremos, pues, a los incidentes ligeros y, a veces, no inmediatamente manifiestos.

Aunque es sabido que los cinco sentidos son las "ventanas al mundo", dos, sobre todo, conciernen y condicionan la vida intelectual: la vista y el oído. Digamos, sin embargo, que ciertas dificultades de sensibilidad táctil son, a veces, contra-indicaciones para ciertos aprendizajes técnicos.

Los trastornos graves de la audición o de la visión no escapan a los padres ni a los profesores, y se curan o se palián con tratamiento médico. Pero queda toda una gama de insuficiencias ligeras, que suelen manifestarse en el período escolar y que, al principio, no se declaran como tales. Estos trastornos repercuten tanto más en el rendimiento escolar, cuanto que la dificultad de su localización hace que se multipliquen las hipótesis sobre las causas de la baja de este rendimiento. Algunos niños son tachados de perezosos o de distraídos, cuando lo que ocurre es que su agudeza auditiva o visual decrece. Sin embargo, hay diferencias de probabilidad de localizar estas anomalías de la vista o del oído.

El niño que "ve mal lo que está en el encerado" lo dirá pronto o tarde y, así, pondrá en guardia a sus educadores. Pero el niño que oye mal **NO LO SABE SIEMPRE**. ¿En relación a qué podría él juzgar? Los educadores deben estar alerta cuando vean a un niño en actitud habitualmente forzada, con el gesto de "atención dolorosa", la cabeza ligeramente inclinada y siempre del mismo lado. Si además se observa que él "no comprende", existen grandes probabilidades de que se trate de un caso de semi-sordera, que la familia, e incluso el médico, no habían jamás sospechado.

Esta situación puede durar mucho tiempo. Los Centros de Orientación Profesional descubren, cada año, en el momento del examen de todos los alumnos de las clases de fin de estudios, anomalías e insuficiencias visuales y auditivas que se remontan a varios años atrás, y que han perturbado, evidentemente, la vida escolar de los muchachos. Es preciso, pues, sospechar tales trastornos en el origen de muchos fracasos escolares.



3 Dificultades de orden motor y nervioso

Aunque a veces difíciles de descubrir, los trastornos que acabamos de citar son fáciles de catalogar. El médico, el psicólogo y el profano estarán generalmente de acuerdo respecto a la existencia de estos trastornos, de los impedimentos que ellos originan y de las medidas pedagógicas que exigen. Pero la categoría de los "handicaps" escolares que vamos a examinar ahora, plantea problemas mucho más complicados.

En primer lugar, debemos decir que su noción está menos extendida, es menos familiar para quien se ha convenido en llamar el "gran público". Síndromes como los de inestabilidad psico-motriz corresponden a unas realidades menos conocidas, aunque se habla mucho de ellas. Eso es debido a su extrema complejidad, pues ponen en juego, bien sea en sus causas o bien en sus consecuencias, elementos biológicos, psicológicos y sociales. Podemos considerarlos bajo aspectos diferentes: médico, psiquiátrico, pedagógico, etc. Es evidente que el punto de vista pedagógico es el que nos interesa aquí; pero está estrechamente relacionado con los otros y, por tanto, no es sencillo aislarlos.

Desde el punto de vista escolar, el niño

inestable aparece casi siempre como agitado y carente de atención. Puede también parecer estúpido y retardado. Y retardado es, en cierto modo, pero no esencialmente en el aspecto intelectual; es más bien su desarrollo motor el que se halla entorpecido. El sistema nervioso, los circuitos de recepción y de transmisión funcionan mal o demasiado lentamente, o están inmovilizados. Los tests motores ponen en evidencia la persistencia de asociaciones de movimiento que corresponden a un nivel infantil. Hay una pausa en la evolución que requiere la intervención del médico.

En el aspecto psíquico, la inestabilidad denuncia un terreno propicio a una neurosis; pero también puede ser ella misma el signo de esta neurosis y degenerar en comportamientos de delincuencia: fuga, robo, etcétera.

Es fácil imaginar hasta qué punto pueden influir en la vida escolar tales trastornos: niños que no pueden perseverar en una tarea; que, aunque inteligentes, sólo tienen una presencia disminuída de lo que hacen o estudian; para quienes las exigencias de la vida escolar llegan a ser, a veces, verdaderas torturas. Son los llamados niños inestables, para quienes la obligación de permanecer sentados durante el tiempo normal de la clase les resulta físicamente insostenible.

Daremos un ejemplo más preciso todavía: una actividad esencialmente escolar, la escritura, plantea a estos niños toda clase de problemas. Su insuficiente dominio nervioso hace que la escritura les resulte literalmente dolorosa. Muchos casos de dislexia y de disortografía no tienen otro origen.

Pero si las formas graves y espectaculares de la inestabilidad suelen ser rápidamente tomadas en consideración, no ocurre lo mismo con las formas frustradas y parciales. Estas corren el riesgo de ser ignoradas por los educadores y los padres, y ello puede conducir a graves errores.

El niño puede ser acusado de pereza o de impotencia intelectual; pueden ser tomadas medidas de re-orientación que van contra sus intereses o, en cualquier caso, no resolverían el problema. Es necesario, pues, aconsejar la vigilancia y el recurso al análisis. Porque la etiqueta de "inestable" (bastante generosamente distribuida en nuestros días) no resuelve nada.



Una pedagogía curativa (educación del aparato neuro-motor, adiestramiento de la facultad de atención, etc.) sólo puede ser aplicada de acuerdo con un diagnóstico seguro y preciso. Se trata de dar a estos niños no solamente unas posibilidades de éxito escolar, sino la verdadera posesión de sí mismos; esa posesión física sin la cual no hay expansión posible.

Creemos haber expuesto las principales causas de orden psico-biológico que provocan



los fracasos escolares. Y aunque esta exposición no pretende ser exhaustiva, es necesario citar también, entre las causas de estos fracasos, los accidentes de salud que jalonan la vida de un niño.

Es evidente que un niño fatigado por una enfermedad orgánica, por su incubación o por sus secuelas, no puede ser un buen escolar. Por tanto, cuando un rendimiento escolar flaquea, inexplicablemente, lo primero que debemos averiguar es si la salud del niño está perturbada. También en este dominio hay trastornos fáciles de descubrir. Otros, por el contrario, permanecen algún tiempo ocultos: ciertas deficiencias glandulares, primo-infecciones, etc. Todo esto es de la incumbencia de la medicina.

Algunos signos de fatiga y ciertos trastornos son, por otra parte, transitorios y normales, como los del período de crecimiento y particularmente de la pubertad; pero no deben ser menos tomados en consideración entre los factores que influyen en la curva de rendimiento escolar.

Pero, al margen de todo accidente de salud y de toda deficiencia, parece que es necesario considerar en toda actividad humana, y, por consiguiente, en el rendimiento escolar, una especie de "coeficiente de vitalidad", estrictamente individual y bastante difícil de definir, pero se trata de una realidad sensible.

El capital vital disponible no es, ciertamente, el mismo para todos los seres humanos. Y sin que sea necesario recurrir a explicaciones de tipo médico o psicológico, la fatiga y la capacidad de esfuerzo pueden ser unos antecedentes biológicos al margen de toda educación. Sin embargo, queda en pie el problema de hacer rendir a cada individuo lo que puede dar de sí, de permitir a cada uno que manifieste su "impulso vital".

b

causas psico-sociales

Agruparemos bajo esta clasificación todo lo que se refiere a las relaciones del niño con su ambiente o, mejor, con los diferentes ambientes en que se encuentra situado, y su confrontación con los demás.

Tres modos de acción de la sociedad sobre el niño nos parecen particularmente importantes: los que crean problemas de orden social-económico, de orden familiar y de adaptación al medio escolar.

1 Problemas de tipo social-económico

En la perspectiva del estudio de los fracasos escolares, este problema expresa la imposibilidad que manifiestan ciertos alumnos de triunfar normalmente en sus estudios, a causa de las **CONDICIONES DE VIDA** a las cuales están sometidos. Es ésta una de las realidades más trágicas del mundo actual, una de las que realmente deberían preocupar a todos los que han tomado conciencia de ello.

Hay cantidad de niños inteligentes cuyo porvenir escolar y profesional es incierto, debido a las condiciones (a veces horribles) en las cuales viven: viviendas exiguas, insalubres, a veces sórdidas; la promiscuidad de la calle o de los patios de vecindad; la ausencia de la madre que trabaja; las violencias del padre, que repercuten en su desaliento, en su angustia.

¿Cómo podrían aprovechar cualquier enseñanza los que no tienen apenas un metro cuadrado donde trabajar, los que salen de clase para encontrarse con "la pandilla", único consuelo, única diversión, única justificación de su vida, en cuya compañía no es precisamente de estudios de lo que se discute?

Al citar estos casos extremos, corremos el riesgo de olvidar otros fracasos mediocres o semi-fracasos provocados por lasitud, desaliento o abandono. Escolaridad penosa, porque las tareas normalmente sencillas se ven entorpecidas por la imposibilidad de aislamiento, por el apremio de los trabajos domésticos, etc. Es el muchachito que debe ir a "hacer recados" en el momento en que se instala para realizar sus deberes; o ese otro a quien las idas y venidas, las conversaciones, los juegos de sus hermanos o la televisión distraen sin cesar en su trabajo.

Estos hechos hacen considerar la exigüedad de las viviendas como uno de los factores más importantes de perturbaciones en el rendimiento escolar.

2 Los problemas familiares

Para el niño, la familia debe representar la seguridad y el amor. Todo fallo en uno

de estos dominios impide el desarrollo, disminuye la eficiencia y amenaza, incluso, la energía vital.

Para que el ambiente familiar aporte al niño la seguridad que él necesita, es preciso que este ambiente no esté amenazado por peligros exteriores ni por disensiones de orden interno. Es necesario, además, que él sea constante y razonable en su actitud y en sus exigencias.

Cualquier circunstancia anormal de carácter familiar tiene, evidentemente, repercusiones nocivas sobre la afectividad y el comportamiento de los niños: la enfermedad o muerte de uno de los padres, los cambios de situación y de residencia (sobre todo si son frecuentes) contribuyen a mantener un clima de inseguridad que puede suscitar en ellos reacciones de angustia. Este clima será todavía más perturbador cuando son los padres mismos los que manifiestan angustia o ansiedad. Habría que citar aquí los daños que pueden causar las preocupaciones de orden financiero, las incertidumbres materiales, etc.

La familia no está amenazada solamente por estos peligros exteriores, que se escapan a su control. Su unidad, su armonía



están frecuentemente turbadas por la incompreensión entre los padres. Todas las estadísticas coinciden en poner en evidencia los porcentajes elevados de fracasos escolares y de delincuencia en los niños de hogares desunidos.

El niño siente trágica y profundamente tales conflictos, sobre todo si él es la causa directa. Las discusiones que surgen entre los padres a propósito de su educación, de los premios o de los castigos que conviene distribuir, disminuyen su confianza en el adulto y le dejan desamparado y ansioso.

Dejando a un lado los casos muy dramáticos, sería necesario que todos los padres sepan que deben evitar el manifestar sus disensiones ante este testigo demasiado frágil. Muchos escolares distraídos, ausentes, que parecen soñar en clase, reviven, en efecto, sin poder alejarlas de su espíritu, las escenas que han presenciado, que les angustian y obsesionan.

3 Castigos y recompensas

Hemos hablado de los castigos y recompensas. He aquí otro dominio en el que los errores educativos pueden tener muy desagradables consecuencias.

Para juzgar la actitud de los padres frente a los resultados escolares, hay que decir que esta actitud es, muy frecuentemente, torpe y que va en contra de los resultados que se desean.

El alumno que entra en casa con un mal boletín de notas, no merece, ciertamente, que le feliciten; pero quizá tenga necesidad de consuelo. De todas maneras, si, como se ve muchas veces, las malas notas llegan a ser motivo de pánico para el niño, ello demuestra que la severidad familiar es excesiva.

Sería preciso repetir aquí lo que todos los psicólogos ponen en evidencia: las reacciones de los padres son, en este caso, reacciones de angustia, de frustración. Ellos experimentan los fracasos escolares de sus hijos a través de sus propios fracasos, pasados o presentes. Manifiestan, con su intransigencia, culpabilizaciones auto-punitivas sobre las cuales es muy difícil indagar. Nunca será bastante el aconsejarles sangre

fría y objetividad. Esta objetividad supone, por otra parte, el conocimiento de las posibilidades del niño. Es preciso afirmar que toda actitud que no es tranquilamente "adulta", puede ser, en este dominio, nociva.

Añadamos que si una actitud demasiado exigente, demasiado severa, puede ser muy peligrosa, lo es también por exceso de indulgencia; sobre todo si el niño asocia esa especie de indiferencia (afectada o sincera) a los resultados escolares. Ya se trate de una dimisión de autoridad o se desespere sinceramente de su porvenir escolar, el niño corre el riesgo de interpretarlo como una



condenación, un abandono o una repulsa; y ello puede perturbar profundamente su psiquismo y su comportamiento.

4 Necesidad de amor

Hemos llegado al punto de considerar esa necesidad —más importante, todavía— que debe satisfacer el ambiente familiar, y es la necesidad de amor. Ciertamente, no hay nada más trágico, nada más desesperante para un ser humano que el no sentirse amado. Esto todavía es más evidente y más cierto en el niño. Hasta tal punto es así, que se han observado casos de desarrollo físico deficiente en los niños de hogares desunidos, lo que confirma de manera evidente esta afirmación.

Parece, incluso, que la actitud afectiva de los padres respecto al niño que va a nacer, tiene ya su importancia. El hecho de ser considerado como un accidente o una carga, o, por el contrario, de ser deseado y esperado con ilusión determina, de antemano, una buena parte de las posibilidades de dicha en el ser humano.

El niño debe ser aceptado tal como es: Sea chica o chico, fuerte o débil, con ojos azules o negros, parecido a mamá o a un tío abuelo, tranquilo o turbulento, aplicado o, por el contrario, dando ciertas preocupaciones escolares. Esta aceptación verdadera y profunda es esencial. Porque, a veces, bajo las apariencias del afecto más normal, los padres tienen tendencia a desear que el niño fuese diferente a lo que es. Ellos se forman una imagen sobre la que proyectan sus propios sueños frustrados, los fantasmas —más o menos conscientes— que acumula toda vida humana, sus desilusiones. Por poco que esta imagen se aleje de la realidad y, sobre todo, de lo posible, ya tendremos al niño rechazado, comparado con un modelo inaccesible. Desde ese momento, ya no podrá encontrar refugio más que en el fracaso auto-punitivo, en la rebeldía.

Esto no quiere decir que, en efecto, la educación no deba tender a mejorar, a corregir; pero debe hacerse en una perspectiva positiva que dirija sus esfuerzos a descubrir lo mejor de un ser humano, a hacerle "realizar". No debe caer en la ilusión de

pretender lo imposible; sobre todo, no debe ser hasta tal punto apasionada que haga depender el amor de su resultado.

Existen muchos niños despreciados, injuriados, de los que no se espera nada, y ellos lo saben. Niños desesperados, insoportables, porque son mal soportados.

A este grupo se añade, curiosamente, el de aquellos niños a quienes el amor familiar no parece faltar, sino que son mimados, protegidos, "educados en algodón". Es con frecuencia la madre la responsable. Tal actitud complica peligrosamente la ya difícil conquista de la autonomía, incluso puede perturbar la evolución afectiva. Estos niños fracasan porque tienen miedo a la vida. La excesiva protección materna les impide las experiencias en que podrían ejercer sus facultades diversas. Su aprendizaje, en el sentido más amplio, se encuentra disminuido. Porque la libertad no es solamente un bien moral; es un factor indispensable para el desarrollo.

Maurice Lecoq

PEDAGOGIE

15, Rue Louis David - Paris